

El intelectualismo moral de Sócrates y Platón

AVRIL RICCIUTO

Platón ha sido tan loado como denostado, pero el intelectualismo moral, que nos propusieron Sócrates y Platón y que ha sido adaptado con más o menos gracia a lo largo de la historia del pensamiento filosófico, es quizá una de sus doctrinas más criticadas. Y no es ésta la razón que me ha llevado a posicionarme en su defensa; sé, al menos, que la visión popular es criticarla y posicionarse en su contra. Intentaré argumentar mi postura teniendo como fondo la idea de que solo el que conoce el bien podrá actuar correctamente y de ese modo llevar una vida buena y feliz, *kalós kai agathós*.

Primeros contrastes

A menudo se argumenta que hay mucha gente que sabe lo que es correcto, pero no lo hace y aun así presume de felicidad. Yo pienso que se refieren, por ejemplo, a aquellos millonarios que explotan a personas en países tercermundistas solo para hacerse aún más ricos, pero me remito a la cuestión: ¿de verdad puede una persona así ser verdaderamente feliz?

Opino que estas personas podrán divertirse, llenar su vacío con lujos, no obstante nunca llegarán a conocer la satisfacción consigo mismos y por ende la felicidad que da hacer lo correcto.

También se menciona que haciendo lo correcto a menudo uno se puede sentir muy mal, infeliz. Sin embargo considero que eso no es más que una parte del proceso. Uno no hace el bien porque quiera ser feliz; uno hace el bien porque es lo correcto. El bien es un fin en sí mismo. Uno hace el bien porque es una necesidad del alma, intrínseca a la humanidad de cada cual; por eso no puedo imaginarme una persona que genuinamente se sienta feliz actuando de esa manera, pues cualquiera que lo haga solo puede estar profundamente corrupto por dentro. Pienso que cuando llevamos una vida en coherencia con esta necesidad y con la calma interior de que, aunque a veces fallamos, hacemos siempre lo mejor que podemos, somos felices sin llegar necesariamente a la idea perfecta de bien.

El bien y la condición humana

Y me pregunto: ¿por qué hacer lo correcto es una necesidad del alma? ¿Por qué nos hace felices? Difícil respuesta. Sin embargo, me atrevo a pensar que tiene que ver con el sentirse

merecedor, en última instancia, de comunidad. Pienso que no hay nada peor para el ser humano que sentirse aislado, sentirse solo, porque radica en un lugar muy primitivo de nuestra mente el necesitar de otros. Somos seres comunitarios, carenciales; buscamos dar y recibir amor y aceptación, porque si no, nos sentimos desprotegidos, o no nos sentimos suficientemente humanos, pues nuestra autopercepción está siempre sujeta a la percepción de los demás. Si no hay un otro, no puede haber un yo.

Por eso queremos hacer el bien y por eso, si lo hacemos, llegaremos a ser felices.

Comunidad, sociedad y gobierno

A menudo escuchamos que somos seres sociales, pero yo diría que más bien somos seres comunitarios, pues cuando buscamos la definición del adjetivo *social*, a menudo esta incluye otras acepciones o adjetiva otros vocablos como *clases*, *gobierno*, *economía*, *dinero*, pues el término *social* proviene de la palabra latina *socii* que significa *aliados*. En cambio, la palabra comunidad, como bien se puede intuir por el nombre, implica un algo en común, y a menudo se relacionan palabras como *intereses*, *grupos sociales* (que no *clases sociales*), *conjunto*, *características*.

Creo que el ser humano es un ser comunitario, pues aunque este se encuentre en lo que conocemos como sociedad, solo forma relaciones de manera comunitaria, en base a sus intereses y características.

La sociedad es, pues, esa cosa en la que nos encontramos ontológicamente, que nos proporciona unos derechos a cambio de unas obligaciones. Como si mi derecho a la comida no fuera algo intrínseco de mi condición y necesidad humana, sino una recompensa por mi trabajo y mi lugar en la sociedad. Pienso que la función, o mejor dicho, disfunción del gobierno en algún punto fue quitarnos nuestros derechos, y luego devolvérmolos de vuelta en forma de recompensas. Igualmente, cabe aclarar que esto no tiene por qué ser así. La disfuncionalidad moral y la corrupción no están sujetas a la sociedad como ente metafísico en sí, sino a las personas que la conforman. Y estas personas se conforman a través de la educación.

Los seres humanos creamos la comunidad, porque nos dimos cuenta de que nos necesitábamos, y creamos la sociedad, cuando nos dimos cuenta de que podíamos herir y nos podían herir. Necesitamos organizarnos, necesitamos aliarnos.

Y herimos porque nos faltaban recursos. Atacamos otras comunidades porque estas tenían algo de lo que nosotros carecíamos, o porque los bienes eran limitados y queríamos o necesitábamos cuidar a demasiadas personas.

Casi parece que esté hablando de algún ser individual que sufrió y, como respuesta a su dolor interno, se dedica a herir a los demás para protegerse, como cuando uno carece de algo que otro tiene y se siente pequeño e indefenso, y por eso ataca.

Lo que quiero decir es que, el mal, o tal vez mejor dicho, la ausencia de bien, en mi opinión solo puede surgir de un lugar de carencia o de miedo a la carencia. No es algo que podamos hacer en unas condiciones donde realmente nuestras necesidades físicas, emocionales y espirituales estén cubiertas. Este argumento se puede respaldar con las estadísticas de que los países con mejor calidad de vida como Suiza o Dinamarca son también los países con menores tasas de criminalidad, y lo opuesto ocurre en países como Brasil o Venezuela.

Relación ser humano y sociedad

Pienso que la función o, mejor dicho, la disfunción del gobierno en algún punto fue quitarnos nuestros derechos y luego devolvérselos de vuelta en forma de recompensas. Quiero matizar esta cuestión. No me estoy refiriendo a que todas deberíamos vivir en una sociedad que nos proporcione lo que necesitamos sin dar nada a cambio, porque lógica y geoméricamente no sería posible. Además, necesitamos sentirnos merecedores de esta comunidad, como anteriormente he mencionado. A lo que me refiero es a las veces en la historia donde ha existido esta disputa cuyos bandos conocemos como “derechas” e “izquierdas”.

Pienso de la manera más cautelosa posible que lo que buscan las derechas es el beneficio, y las izquierdas buscan el desarrollo de la comunidad. Pienso que se puede encontrar un punto intermedio entre estos dos puntos y que este punto nos debe proporcionar la posibilidad de llegar a cualquier posición de la sociedad y cambiarla. Nos debe proporcionar igualdad.

Como no quiero arriesgarme más, recomiendo a la lectora que lea el libro *Echar raíces* (*L'Enracinement*) de Simone Weil.

La educación

La educación es la única cosa que nos hace algo más que un saco de células y matriz. Esta educación no viene necesariamente ni exclusivamente del “sistema educativo”, sino que puede venir también de las propias personas que nos cuidan, amistades y, posteriormente, las propias experiencias de la vida. Digo *posteriormente*, porque pienso que el significado que le damos a nuestras percepciones es puramente aprendido.

A nivel social, es esencial que entendamos que la sociedad *solamente* puede mejorar si mejora la educación. No podemos esperar que todo el mundo aprenda a ser un ser humano en su propia casa; por lo tanto deberíamos asegurarnos de que aquello que necesitamos esté proporcionado en las aulas, y que desde jóvenes nos desarrollemos en aspectos que vayan más allá de la memorización y la ciega obediencia.

Neoliberalismo y comunidad

Añado una reflexión a modo de paréntesis, y es que viviendo en esta sociedad neoliberal, que premia el individualismo, es importante que recordemos nuestra propia naturaleza y la aceptemos. Está bien necesitar de otros. Está bien generar una red de intercambios y favores, está bien pedir ayuda. De hecho, es solo aceptar nuestra condición humana.

Porque es fácil alienarse y querer casi llegar a una versión distorsionada del superhombre, aquel que es dueño de sí mismo y que de nadie necesita. No obstante, advierto humildemente que eso no es más que un delirio social y lo ha sido siempre, desde antes de que Nietzsche le diese nombre.

El camino al bien

A menudo sabemos, en última instancia, lo que es correcto. Por ejemplo, si explotamos personas, lo correcto es simplemente no hacerlo. Sin embargo, lo complicado es pasar a la acción, realizar todos los pasos para hacer lo correcto, y eso es algo que nos da miedo. Respecto a esta cuestión defendería que hacer el bien es algo que se construye y que es necesario pasar por muchos errores y dolores para conseguirlo. El bien, en mi opinión, está determinado; pero tenemos que descubrirlo cada una como individuo; es el viaje vital que compartimos.

Hacer el bien es dominar la responsabilidad afectiva, ser muy consciente de cómo afectan nuestras acciones el mundo en el que vivimos a todas las escalas. Y para eso se necesita práctica y deconstrucción interna. Por desgracia no le podemos exigir eso a nadie. Nace de uno. Para ejemplificar esto, propongo recordar una situación o un tipo de persona que creo que todas hemos conocido alguna vez o, incluso, nosotras mismas lo hemos sido. Es cuando alguien, a veces joven y a veces no tanto, expone un argumento de lógica aplastante como: si a mí me pegan, yo pego de vuelta. Y cuando pensamos así o alguien piensa así es muy difícil salir, porque –digamos– no vemos fallas en el razonamiento. Es lo que nos parece más *justo*. Sin embargo llega un punto en la vida donde empezamos a ver que esa es una manera muy simplista de ver el mundo. Como cuando alguien responde diciendo: si el mundo fuera así, todas estaríamos muertas. O, incluso, por gente que piensa así es por lo que hay tantas guerras y conflictos mundiales. Uno de nuestros viajes como seres humanos en la tierra y en comunidad es trascender nuestras propias ideas de justicia.

Conclusión

Creo que reducimos demasiado la cuestión inicial, cuando no la llevamos más allá de nuestras primeras impresiones e ideas, sin analizar lo que hay detrás de ello. Es decir, a menudo reducimos la cuestión por el simple hecho de catalogar las cosas como simplemente buenas o

malas, sin adentrarnos a comprender la complejidad y los procesos internos y externos, interconectados, que se hallan detrás de nuestra propia naturaleza como individuos y sociedad. Reiterando, antes de cuestionar si algo está bien o mal, debemos reflexionar qué significan para nosotros esos dos términos y luego tratar de entender por qué se da cada uno de ellos.

En conclusión, estoy de acuerdo con la afirmación de Platón y su intelectualismo moral, pues el compromiso con el bien nos hace sentir bien y nos permite realizarnos. No obstante, el bien no es algo que se conoce o se deja de conocer, sino que se descubre a medida que se aprende y se mueve uno por la vida. Pero a menudo no solemos como humanidad tener las herramientas o la paciencia para ello.

Querría también invitar a la lectora a plantearse las siguientes preguntas: ¿Qué es el bien? ¿Por qué le doy una determinada respuesta y no otra? ¿En qué medida vivo en sincronía con mi compromiso con la bondad? ¿En qué medida se relaciona el bien con el amor?